



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 8 de julio de 1979

Carísimos hermanos y hermanas:

1. La solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que hemos celebrado hace pocos días, nos da ocasión aun para recordar un pasaje de los Hechos de los Apóstoles. Es éste: cuando Pedro se hallaba encarcelado en Jerusalén por orden de Herodes y amenazado con la pena de muerte, entonces "la Iglesia –leemos– oraba instantemente a Dios por él" (Act 12, 5). La oración consiguió entonces que Pedro fuera liberado milagrosamente de la cárcel.

Esta frase de los Hechos de los Apóstoles sobre la Iglesia que rogaba incesantemente por Pedro tiene un significado que no es sólo histórico. En ella se refleja la práctica permanente de la misma Iglesia que, igual que rezaba por *Pedro*, reza también incesantemente por *sus Sucesores*. Lo hace siempre en la Santa Misa, recordando en el canon el nombre del actual Sucesor de San Pedro. Lo hace también en otras ocasiones y de otras formas. La oración por Pedro ha venido a ser, en cierto sentido, el primer modelo de oración de la Iglesia por sus Sucesores. Al mismo tiempo, en esta oración se expresa el *amor por la Iglesia* y el sentido de responsabilidad por la causa del Evangelio, que la Iglesia asume bajo la guía de Pedro y de sus Sucesores.

2. A lo largo de todo el año, recibo muchas pruebas de afecto por parte de mis hermanos y hermanas de todo el mundo. Durante las últimas semanas especialmente, en torno a las fiestas de San Pedro y San Pablo, han sido numerosísimas las que he recibido. Deseo, por tanto, expresar mi *gratitud* a todos mis *bienhechores*: los conocidos, al menos por escrito, y los desconocidos.

Deseo corresponder con mi oración cotidiana a todos los que rezan por mí y ofrecen a veces

grandes sacrificios espirituales por mi misión, por la buena realización de las tareas que me ha confiado Cristo Nuestro Señor, por la gracia de un servicio fructuoso a la Iglesia.

La oración es *un vínculo invisible* que une a la comunidad de los fieles. Es un vínculo muy fuerte y muy profundo. En ella se expresa la unidad espiritual del Pueblo de Dios.

El don de la oración es un don muy especial. Es un *don* profundamente *vinculante*. Hoy, en esta circunstancia, he pensado que debía manifestarlo públicamente.

El don de la oración que recibo de muchos de mis hermanos y hermanas, es fuente de continuo refuerzo. Cristo, que recomendó a Pedro: "confirma a tus hermanos" (*Lc 22, 32*), apoyó esta recomendación con su propia plegaria. Dijo: "Yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe" (*Lc 22, 32*). Y cuando llegó el momento difícil, le proporcionó ese refuerzo, del que nos hablan los Hechos de los Apóstoles: la Iglesia rogó por Pedro.

Este servicio tan grande no puede ser ejercido de otra manera si no es basándolo en la profunda *seguridad de la fe* procedente de las palabras que Cristo dirigió una vez a Pedro y, al mismo tiempo también, *basándolo en la oración* de toda la Iglesia.

Por esta oración deseo hoy dar las gracias a todos y a cada uno en particular, en esta especial circunstancia.

Recuerden todos que siempre pienso en ellos como bienhechores míos.